

EL ARCA DEL TIEMPO

EL ARCA DEL TIEMPO

Marcin Szczygielski

Traducción de Katarzyna Olszewska Sonnenberg

BÁLTICA **editorial**



La publicación de este libro ha
sido posible gracias a la ayuda de

© POLAND Translation Program

Título original: Arka czasu

© Marcin Szczygielski

© de la traducción: Katarzyna Olszewska Sonnenberg

© de la introducción: Sergio Sánchez Benítez

© de esta edición: Báltica Editorial, 2017

Diseño de la cubierta: Marcin Szczygielski

Maquetación: Prema Served, www.premaserved.com

Impresión: Estugraf Impresores S.L.

Pol. Ind. Los Huertecillos, Calle Pino nº5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-947227-1-4

Depósito Legal: M-33592-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Introducción

Imagina que un día unos extraños hombres vestidos con vistosos uniformes, botas altas de cuero negro y cascos de acero aparecen de repente en el salón de tu casa. Hablan un idioma que te suena muy raro, gritan mucho, lo registran todo sin ningún miramiento, van armados hasta los dientes. A empujones, os sacan de vuestra casa. A partir de ese momento, tu familia y tú tendréis que vivir en un barrio especial rodeado de muros y vigilado de día y de noche, donde las viviendas, los alimentos y los medicamentos escasean. Si os sorprenden intentando escapar, os pueden ejecutar en el acto, sin juicio previo.

Quizá en estos mismos instantes estéis pensando: «Otro libro de ciencia ficción situado en un futuro distópico». Y, sin embargo, Rafał, el protagonista de este libro, y otros muchos niños judíos como él tuvieron que enfrentarse a una realidad muy parecida a la que acabo de describir. Ocurrió no hace mucho, hace poco más de setenta años, cuando las tropas alemanas invadieron Polonia y otros países europeos durante la Segunda Guerra Mundial. Los nazis les quitaron sus casas, sus propiedades y sus derechos por el hecho de ser judíos, y los confinaron en barrios cerrados, en guetos, a modo de gigantescas cárceles.

El barrio en el que vivía Rafał, el gueto de Varsovia, llegó a tener 450.000 habitantes, más o menos la misma población que la ciudad de Murcia; solo que esta última es, en extensión, como 255 veces el gueto de Varsovia. Imaginarás que, en tan reducido espacio para tanta gente, era imposible que cada familia pudiese vivir en un piso independiente (excepto que tuviese mucho dinero, porque también en el gueto había ricos). Los habitantes del gueto vivían hacinados, a una media de seis personas por habitación, y se apelotonaban por las calles, en muchos casos vagando todo el día en busca de algo de comida. A la escasez de alimentos y a la falta de libertad, se sumaba la propagación de enfermedades infecciosas como el tifus.

¿Te imaginas que te toca a ti vivir esa experiencia? ¿Qué harías tú en una situación como esa, casi sin salida? ¿Te quedarías en el gueto o te arriesgarías a huir? ¿Cómo intentarías ayudar a tu familia? Ten en cuenta que, aunque la gente no lo sabía, quedarse en el gueto y esperar allí el fin de la guerra tampoco era una opción real. Con el tiempo, los nazis decidieron liquidar también los guetos y asesinar a sus habitantes. Más de seis millones de judíos europeos, entre ellos miles de niños, murieron a manos de los nazis, en lo que se conoce como Holocausto o Shoá.

El libro que tienes en tus manos trata, precisamente, de la experiencia que vivió Rafał en ese barrio llamado gueto de Varsovia. Y de las decisiones que tomó para afrontar la realidad que le tocó vivir. Rafał existió de verdad. El autor de este libro, Marcin Szczygielski, conoció personalmente a Stella, una de las personas que acompañaron a Rafał en su peripecia. Ella le contó muchas de las historias que se cuentan en este libro. Además, el autor

se ha documentado a fondo para que cada detalle de este libro reproduzca fielmente los hechos.

Pronto vas a conocer a Rafał y no quiero desvelarte ningún detalle que pueda restar emoción a la aventura que estás a punto de vivir con él. Solo te diré que Rafał es un niño que devora todos los libros que tiene a su alcance y que quiere ser inventor de mayor. Un día cae en sus manos un libro que quizá hayas leído, *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, que habla de un invento que le permitiría escapar de la terrible realidad del gueto. Rafał descubre que el juego, la imaginación, la fantasía, la amistad pueden ser las palancas de su particular máquina del tiempo. Y al final... Bueno, eso es mejor que lo leas por ti mismo.

Hay muchos libros y películas sobre el Holocausto, pero pocos autores han tenido la valentía y la sensibilidad de escribir un libro apto para todos los públicos basado en unos hechos tan terribles. *El arca del tiempo* es un libro excepcional, que ya se ha convertido en países como Polonia, Austria y Alemania en un libro de referencia para aproximar la realidad del Holocausto a los más jóvenes. Espero que tú también vivas tu propia aventura a bordo de esta máquina del tiempo que está a punto de despegar hacia Varsovia, año 1942.

SERGIO SÁNCHEZ BENÍTEZ

Montado en esta máquina —dijo el Viajero a través del Tiempo, levantando la lámpara— me propongo explorar el tiempo.

H. G. Wells, *La máquina del tiempo*

PARTE I
LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Capítulo 1

A la biblioteca se va así: primero, hay que cruzar nuestro patio; luego, una calle; después, el patio de enfrente. Ahí está el salón de belleza y el laboratorio donde Adam Duchownicz elabora cremas y otros cosméticos. Ahí siempre huele fuerte, aunque nunca se sabe si se va a topar uno con un olor agradable o no; es una verdadera lotería, dice el Abuelo. Hoy olía bien, aunque te picaba en la nariz. Justo al lado del laboratorio está el taller del sastre, que siempre está discutiendo con el señor Adam por culpa de esos olores. Según él, le dan dolor de cabeza. Puede que tenga razón, porque si alguien se pasa todo el día encerrado oliendo todos esos mejunjes, realmente puede terminar harto. Una vez cruzado ese patio, se sale a una calle y desde allí hay que girar a la izquierda, pasar al otro lado de la calle y doblar en Twarda, que hace como un arco. Por el camino están: la tienda de exquisiteces, los ultramarinos de los señores Szurman y, justo al lado, el puesto de compraventa de libros y la librería del señor Mirski. Al llegar a la lavandería hay que cruzar otra vez y, a la altura del puesto de verduras, continuar por Ciepła. En Ciepła no hay nada interesante, a parte de la jabonería de Kaminer con su letrero rojo y torcido. Hay que llegar al cruce y desde allí girar de nuevo a la izquierda. Luego se pasa al lado de una tienda

que vende muebles de madera curvada. En el muro, a ambos lados del escaparate, hay sillas pintadas y una gran inscripción: «Kasiczak», el nombre del propietario.

Al llegar al cruce, allí donde hay un gran agujero en la acera, hay que atravesar la calle, girar a la derecha y después seguir recto. En ese punto, lo mejor es no mirar mucho alrededor. No hay ninguna tienda, solo talleres y mucha gente de todo tipo pululando en busca de trabajo; normalmente no son muy amables, acosan a todo el mundo e incluso le pueden quitar a uno algo por la fuerza. Como siempre que paso por ahí llevo algún libro de la biblioteca, intento pasar ese tramo corriendo. Corro rápido y en un pispás estoy cerca del puente. Poco antes de llegar al puente voy más despacio porque en ese lugar hay muchas cosas interesantes. Un montón de tiendecitas, un pequeño mercadillo de ropa, a veces venden también flores. Subo corriendo los peldaños de madera del puente, paso rápido por encima de la calle, porque ahí no está permitido pararse y siempre hay una terrible muchedumbre. Hace apenas unos días que han construido el puente y los tablones aún huelen a resina. Procuero ir pegado a la barandilla y miro abajo, sobre todo cuando pasa un tranvía. Abajo, en la calle, se ve gente andando, aunque son diferentes y normalmente no son muchos. Después de atravesar la calle por el puente, se baja por una escalera y se vuelve a Żelazna. Luego se pasa al lado de la pastelería del señor Jagoda, ahí también huele, pero siempre bien. Ahí está también el café Albatros y el taller de fabricación de cajas de cartón de la señora Głowacka. La señora Głowacka lleva siempre muchas faldas a la vez y un abrigo de lana incluso en verano; dice que

siempre tiene frío. Normalmente, se sienta en una pequeña silla junto a la puerta y busca conocidos entre la muchedumbre porque le gusta mucho hablar. El Abuelo dice que a la señora Głowacka le gusta mucho más hablar que hacer cajas, y no le falta razón.

Después, a la altura de la pastelería de Sommer, hay que doblar la esquina. Lo mejor es correr de nuevo, porque ahí solo hay talleres y pequeñas fábricas, por ejemplo, la empresa de comestibles Avilo y el almacén de mermeladas Karmen. Una vez en el siguiente cruce, casi se habrá llegado. Hay que girar a la derecha y caminar junto a la fábrica de artículos de cristal de los hermanos Starosznajder; en el edificio del otro lado de la calle hay unos talleres de costura y la fábrica de Brown y Rowiński; al cruzar la calle se ve, tras unos grandes ventanales, un taller donde unas señoras hacen jerséis y bufandas en unas máquinas especiales. Todavía hay que pasar la joyería y después ya está: calle Leszno 67. Solo queda atravesar un patio rodeado de edificios, subir la escalera y ahí está: la biblioteca. Es mi lugar preferido de todo el Barrio.

Siempre hay bastante gente en la biblioteca, pero nadie tiene prisa en absoluto. Reina el silencio: nadie grita ni arma escándalo ni nada por estilo. Lo que más me gusta es cuando la señorita Basia se encarga del préstamo de libros, aunque últimamente, por desgracia, la veo cada vez menos. Habitualmente, hay alguna chica sentada al escritorio, cada vez una diferente. La señorita Basia me conoce y siempre me recomienda libros realmente emocionantes. Las otras chicas no saben de libros; bueno, o al menos no tienen ni idea de los libros que me interesan a mí. Me

miran, me sonrían y, como soy pequeño, consideran que deben —¡sí, deben!— darme algo muy fino con dibujos, y cuando yo insisto en que no lo quiero, entonces me proponen que lea, como mucho, *Doctor Dolittle*. No tengo nada contra *Doctor Dolittle*, de hecho me gustó bastante. Pero eso fue hace tiempo, hace un año o más, cuando ni siquiera había cumplido los siete años. Ahora he terminado de leer *Los hijos del capitán Grant*, de Julio Verne; es un libro muy gordo y no tiene nada de infantil, aunque hable de niños.

Hoy tampoco está la señorita Basia. Una rubia con una camisa verde se sienta detrás del escritorio. Me sonrío y dice:

—¿Te gustaría un librito, pequeñajo?

La miro con un rostro muy serio. ¡Un librito! ¡Pequeñajo!

—No soy pequeño para nada —le respondo con voz profunda. Saco el ejemplar de Verne de debajo de mi jersey, lo coloco en la mesa y luego añado con énfasis:

—Le devuelvo un LIBRO.

La chica ladea la cabeza y me observa divertida, pero enseguida se pone seria.

—¿Cómo te llamas?

—Rafał Grzywiński.

Saca el cuaderno en el que apuntan a todos los que cogen libros y busca mi apellido. Junto a él aparece la larga lista de los títulos que he leído, y eso que solo llevo viniendo aquí un par de meses, desde que mi Abuelo me dio de alta en la biblioteca. Cada mes me da cinco eslotis; es lo que cuesta leer libros aquí. ¡Y por esos cinco eslotis se pueden leer todos los libros que quieras! Sale realmente barato, me parece a mí.

La chica encuentra mi ficha y anota que he devuelto el libro.

—¿Lo has leído tú solo? —me pregunta.

Asiento con la cabeza. Claro que lo he leído solo. ¡Y en solo cinco días!

—Vaya, vaya —dice la chica con admiración, y yo le sonrío por primera vez.

—Ajá, entonces sabes —constata ella.

—¿Sé qué? ¿Leer? —pregunto.

—No. Sonreír.

—Todo el mundo sabe —me encojo de hombros.

La chica me observa durante un rato con una mirada seria y dice en voz baja:

—Desgraciadamente, no todo el mundo... ¿Y qué te gustaría leer ahora?

—Algo bueno.

—¿De Verne?

—Puede ser. Me gusta ese tipo de libros.

—¿Literatura fantástica? Espera.

Se levanta y va al otro cuarto, donde están las estanterías con libros. Me encantaría acompañarla y mirar los títulos por mí cuenta, pero a los lectores no se nos permite hacerlo; las bibliotecarias te traen los libros. Aunque la señorita Basia me deja a veces acompañarla porque sabe que sé cuidar los libros y que nunca he robado ninguno. ¡Qué se le va a hacer!, suspiro. Estoy seguro de que esa chica me va a traer algún libro tontorrón y que tendré que protestar o volver mañana.

Vuelve y coloca un libro en el mostrador. Y no solo es pequeño sino encima fino.

—Te va a gustar —me dice.

Cojo ese pequeño volumen y miro la portada con desconfianza. *La máquina del tiempo*, H.G. Wells. En la cubierta hay un dibujo de un monstruo gris. Se sostiene sobre unas piernas delgadísimas y torcidas, y estira hacia delante sus garras. Sus ojos y orejas son grandes, su boca pequeña. Está enseñando los dientes. Al lado del dibujo hay una inscripción dentro de un círculo rojo: 95 céntimos.

—Es fino —digo.

—Pero interesante.

—¿Y qué monstruo es ese?

—Un Morlock.

—¿Qué es un Morlock? —pregunto.

—Lee el libro y lo sabrás —la chica sonríe con aire guasón.

—No sé... —hojeo el libro para comprobar que no tenga ilustraciones tontas—. ¿Y de qué trata?

—De un viaje en el tiempo —la chica contesta misteriosa.

Suena interesante. Me gustaría poder viajar en el tiempo, aunque no sé si preferiría emprender un viaje al futuro o al pasado; ya le había dado vueltas a eso. De todos modos, seguro que merecería la pena tener una posibilidad como esa.

—¿Con la ayuda de una máquina? —me aseguro.

—Sí.

—¿Y usted lo ha leído?

—¿Usted? —la chica se echa a reír—. Soy Janka. He leído el libro y te lo recomiendo con la conciencia tranquila.

—Bueno, vale —suspiro—. Me lo quedo.

Janka se ríe de nuevo y anota en mi ficha *La máquina del tiempo*.

—Estaré en la biblioteca el viernes —dice—. Pásate por aquí. Te daré *El profesor Matusalén*, también es muy bueno.

Le digo que sí con la cabeza, escondo el libro debajo del jersey y salgo corriendo de la biblioteca. Falta poco para las cuatro y el Abuelo estará a punto de llegar. Cruzo rápido el puente de madera sobre la calle de Chłodna y corro a nuestro piso en Siena. Multitudes de transeúntes avanzan por las aceras, los conductores de *ricksaws*, una especie de taxis en forma de triciclo, no paran de gritar y de echar a los que andan por la carretera; a ellos, a su vez, les apremia la campana del tranvía a caballos, que avanza traqueteando por el centro de la calle. Los jóvenes vendedores de periódicos y cigarrillos llaman a voces a los compradores, las vendedoras de caramelos alaban a voz en cuello sus productos, los mendigos suplican dinero o comida. Ruido y alboroto, como siempre en el Barrio. Corro entre la gente, adelante a todo el mundo en zigzag, sin empujar a nadie por el camino. He adquirido mucha práctica en este tipo de carreras; además, cuando uno corre, tiene menos frío. A decir verdad, el principio de febrero de este año está siendo bastante cálido, ni siquiera hay nieve, aunque así y todo se pasa frío. Unos minutos más tarde y ya estoy en nuestro patio. Subo la escalera, llamo a la puerta y espero a que la señora Brylant me abra la puerta. El Abuelo no me deja la llave, tiene miedo a que la pierda. De todos modos, tampoco la necesito; la señora Brylant nunca sale de casa. Oigo sus pesados pasos en el pasillo y el crujido de las cerraduras al abrirse, y ya estoy en casa.